

Se tome tanta licencia,
Que á costa de mi prudencia
Toda la Corte alborote.
Y que se atreva á servir
La mujer de un caballero
Como yo; porque primero. . . .

MAESTRE.

No lo acabes de decir;
Que tienes mucha razón,
Y yo lo escucho con pena;
Porque en la mujer más buena
Puede haber mala opinión,
De que hay tantas ofendidas;
Que muchas hay lastimadas
En el honor, siendo honradas,
Porque fueron perseguidas;
Que en andando en pareceres,
Deslustran sus claros nombres,
La necedad de los hombres,
La envidia de las mujeres.
Clara es quien es; pero, en fin,
La lengua del vulgo es tal,
Que dirá de un ángel mal.

TELLO.

Con hablarle tendrá fin
Su porfía y mi pesar.

MAESTRE.

Y yo salgo por fiador.

TELLO.

Pongo en tus manos mi honor.

MAESTRE.

Pues yo le sabré guardar.

Este diálogo, que después de unos tres siglos parece escrito ayer, es seguramente uno de los más bellos que produjo la fecundísima pluma del Fénix de los ingenios. ¡Qué verdad! ¡Qué sencillez de lenguaje! ¡Qué precisión y exactitud lógica de pensamiento! No se ve aquí una sola metáfora, ni un solo equívoco, ni uno solo de esos adornos líricos, hermosos seguramente, pero de que llegaron á abusar los antiguos dramaturgos. El lenguaje de Tello es el que conviene á todo hombre honrado que se encuentra en su situación, situación que se desarrolla de una manera original é inesperada, y que manifiesta las altísimas dotes dramáticas de Lope. Un autor menos conocedor del corazón humano y más amigo de recursos *efectistas*, nos habría presentado en Tello al celoso feroz, que poseído de la sed de venganza, habría sacrificado sin más preámbulo á Macías y quizás á su inocente esposa. En vez de esto, se nos presenta un carácter sereno, que no se ofusca por el arrebató de la pasión, que mide fríamente la magnitud del peligro y busca un camino prudente y decoroso para conjurarle. Seguro está de la virtud de su esposa, pero sabe que esa virtud puede sucumbir á los repetidos embates de un delirio amoroso, y que hay que cortar de raíz el mal cuando todavía es tiempo. Por otra parte, él no guarda rencor á Macías, no se muestra ofendido por sus primeras pretensiones,

Antes de darla la mano,
Macías tuviera acción
De pretenderla.

y aun llega á conceder que los errores de amor son disculpables para el que los comete, pero de ninguna manera para el esposo que tiene que sufrir las consecuencias.

Que si bien cualquier error
Por amor disculpa ha sido,
No la dieron al marido
Sino al que tiene el amor.

En resumen, Tello, á quien sobra corazón para hacerse justicia por su mano, manifiesta al Maestre con varonil franqueza el estado de su alma, para que valiéndose de su alta autoridad ponga remedio como en cosa propia, dejando entender que en caso contrario sabrá mantener su honor en el puesto que le corresponde. El Maestre concede plena razón al ofendido esposo, y en una escena subsiguiente hace venir á Macías, á quien dirige esta severa y bien fundada advertencia, con la majestuosa gravedad de su elevado carácter:

Cuando veniste á servirme,
Pusiste en una doncella
De la Condesa los ojos,
Hermosa como discreta,
Y tan virtuosa y noble
Que la empleó la Condesa
En el hombre más honrado
Que me sirve en paz y en guerra.
Por tus servicios, al Rey
Se la pediste; que fuera
Justo, pues él lo mandaba,
Casarte entonces con ella.
Pero no se pudo hacer;
Que las escrituras hechas

Y dadas las manos ya,
Fuera impiedad y violencia.
Casóse Tello: ese día
Cerró la razón la puerta
A tu esperanza; no es justo
Que neciamente la tengas;
Que está en medio el noble honor
De un hombre de tales prendas,
Que es tan bueno como yo.
Hánme dicho que no cesas
De servirla é inquietarla,
Que me ha dado mucha pena.
Tello es mi propia persona:
Advierte que no te atrevas
A enojarle; que en mi casa
Corre su honor por mi cuenta.
No porque él no está seguro;
Pero sus deudos se quejan
De tus versos y canciones,
Famosas por la excelencia
De tu ingenio, á cuya causa
No sólo aquí se celebran,
Pero en Granada los moros
Las traducen en su lengua.
A tu entendimiento basta
Que esto de mi boca entiendas
Antes que lo entienda Tello,
Que no sufrirá su ofensa.

Confundido, anonadado queda Macías, que no se atreve á pronunciar una sola palabra de disculpa, cuando siente sobre sí todo el peso de la razón que asiste al Maestre en su severa reprimenda, y todo lo falso de la situación en que su mala suerte le ha colocado. Pero él ama con cuanta energía cabe en su corazón; y á los fríos consejos de la prudencia, á

las amonestaciones de su mismo sentido íntimo, se sobrepone aquella pasión desdichada, cuyo alcance procura legitimar, suponiendo que podrá sentirse satisfecho con una correspondencia puramente platónica; y ya colocado en este punto de vista, lejos de reconocer su error procurando corregirse, encuentra sobremanera injusta la conducta que con él observan los que no comprenden la pureza inmaculada de sus sentimientos. Porque después de todo, ¿en qué pueden ofender éstos á la bella causa que los inspira? ¿Por qué se le prohíbe que sienta el mismo mal que sufre? ¿Qué honor pueden quitar los inocentes versos con que engaña sus esperanzas? Mandarle que no quiera es la mayor violencia que pueda hacerse á su sentido, es obligarle á sufrir los horrores de la ausencia ante el bien que le atrae: lucha que sólo servirá de dar mayor pábulo al incendio,

Que para largo amor no hay breve olvido.

Estas reflexiones, que pintan con admirable verdad la tormenta que se agita en el alma de Macías, corren con holgura en el estrecho molde de un soneto, monólogo que viene á raíz de la escena anterior.

En tan críticos momentos se presenta Nuño, á participarle que acaba de ver á Clara, que en compañía de Leonor ha bajado de un coche y entrado en una huerta. Esta noticia da nuevo giro á sus ideas, y olvidado de las severas advertencias del Maestre y del inminente peligro á que se expone, no piensa más que en ir á hablar al dulce objeto de sus ansias. Así

lo hace; pero en esa entrevista, conocida la situación de ambos personajes, Macías sólo acierta á repetir lo que tantas veces ha dicho; encarecer la pureza de su amor, el respeto profundo al honor de aquella á quien únicamente ruega que le diga

..... pésame de verte
En el estado en que estás.

La respuesta de Clara, decorosa en la forma y severa en el fondo, desvanece las locas esperanzas de su adorador, haciéndole entender que la molesta más que la sirve, y que esos apasionados arrebatos proceden de egoísmo, no de amor verdadero, porque

El que no estima el disgusto
Que da el quitarle la fama,
Ese no estima á su dama,
Que sólo estima su gusto.

La catástrofe se acerca fatal, inevitable. Tello ha oído las últimas palabras de Clara, y queda satisfecho de la fidelidad de su esposa; pero al mismo tiempo se exalta hasta el paroxismo su cólera contra el porfiado Macías, á quien busca con la espada desnuda. Encuéntrase con el Maestre, y se queja de que no haya puesto freno á la desmandada conducta del atrevido atentador de su honra, como se lo había prometido, según se colegía de la escena que acababa de sorprender. El Maestre se manifiesta indignado por la desobediencia de Macías, y manda que se le reduzca á prisión; pero Tello interpreta aquel acto, como un medio ideado para burlar su venganza, en lo que parece tener razón, y se resuelve á matar al

aborrecido amante, en la misma cárcel, lo cual ejecuta con una lanza al través de la reja.

Tal es en resumen el admirable drama sobre que me he extendido por considerarlo como una obra maestra por su originalidad, por su interés, por lo bien preparado de las situaciones, y sobre todo, porque nos hace comprender cómo sentía el amor quien con tanta verdad sabía pintar sus esperanzas, sus sueños, y el doloroso martirio que le aguarda cuando tiene que estrellarse ante los obstáculos físicos y morales que suscita en su camino una realidad inexorable.

VII

No hay necesidad de advertir que dadas la moralidad teatral de Lope, y las ideas que dominaban en su medio social, la pasión amorosa tenía que ceñirse á ciertos límites que no era lícito trasponer. Resguardada la santidad del matrimonio por el doble antimural de la creencia y del honor, muy mal habría sonado para aquel público esa apoteosis del adulterio que forma el tema obligado de dramaturgos y noveladores modernos. Si alguna vez, por excepción, se tocaba tan delicado asunto, la simpatía, ó más bien, la compasión que pudieran provocar los culpables, dejaba intacta la severa personalidad del marido, en quien se suponía el carácter de juez implacable, con derecho de dar muerte por autoridad propia y no discutida, á los que se atrevieran á aten-

tar contra su honor. La célebre palabra del dramaturgo francés, «*Mátala,*» era entonces una verdad práctica; más todavía, un deber que á nadie hubiera ocurrido poner en duda. Así lo prueban *El castigo sin venganza* y *El médico de su honra*, piezas ambas de Lope, si bien esta última es más conocida por el drama de Calderón, cuyo trabajo se redujo á versificar en todos sus detalles la trágica producción de su antecesor y maestro.

Muy raro es encontrar, por tal motivo, en aquel inmenso tesoro teatral, el conflicto de la pasión con el deber, es decir, la lucha que se desarrolla en el corazón de la mujer casada, entre una pasión culpable y el deber de guardar la fe jurada á su dueño legítimo. Esto se ve más claro cuando el seductor es un personaje colocado en la cumbre del poder, un rey, á quien se debía sumisión absoluta, cuya autoridad no tenía superior en la tierra, y cuyos actos escapaban por lo mismo á la acción de toda justicia humana.—El problema no podía ser de más difícil resolución. Lope no podía ni hacer triunfar la pasión adúltera por más respetable que fuese la sagrada persona del monarca, porque esto habría sido tanto como justificar una inmoralidad monstruosa, ni poner en situación desairada y hasta cierto punto ridícula, la majestad del señor absoluto que concentraba todos los derechos, sin dejar á sus súbditos más libertad que la de obedecerle en silencio. Pero su fecundo ingenio sabía encontrar recursos para salir de tan difícil situación sin lastimar el decoro de